

Cuando florece el macano

Cuando florece el macano

Cuentos

Roberto Pérez-Franco

Zirie

El autor agradece comentarios de sus lectores el enviar reportes sobre cualquier error a su dirección de correo electrónico: CORREO@ROBERTO.AU

Licencia (CC) BY ND

La obra completa del autor se ofrece en línea de forma gratuita desde 1997, y bajo la licencia Creative Commons (CC) BY-ND desde 2010. Todos los libros del autor, incluyendo este, se pueden descargar en su página web: WWW.ROBERTO.AU sin costo alguno.

Fotografía de portada

Racimo de flores de un macano. Fotógrafo: **Buttai**. Usada bajo licencia CC BY-SA 3.0.

*a todos aquellos que tienen un sueño
y luchan para hacerlo realidad*

Contenido

Prefacio	VII
Prólogo	VIII
Introducción	XII
Crítica recibida	XIII
Sobre el autor	XV
Agradecimientos	XVII
Cuando florece el macano	1
Adiós, amigo mío	18
En la corriente	21
Ecos de la guerra	25
Al ponerse el sol	35

Prefacio

(2024)

Cuando florece el macano es una colección de cuatro cuentos escritos en 1993 y una anécdota escrita en 1992 por Roberto Pérez-Franco (n. Chitré, 1976). Fue publicada en 1993 —en una edición privada— con un tiraje de mil ejemplares, en la Impresora Crisol en Chitré, Panamá.

Esta segunda edición fue preparada por el autor en 2024, bajo su sello editorial Ziríe. El autor ha revisado el texto, para minimizar sus excesos, respetando siempre el estilo del original.

Por el valor que puedan tener, se reproducen aquí también el prólogo, la introducción, la biografía del autor y los agradecimientos que aparecen en la primera edición. Se incluyen también una biografía actualizada y una addenda a los agradecimientos.

Prólogo

(1993)

ROBERTO JOAQUÍN PÉREZ-FRANCO ES mi hermano menor. Hasta hace poco, Roberto fue, para mí, mi hermanito. Pero ya ese niño intranquilo y explorador ha cambiado. Ahora es un hombre poeta y brillante.

Realmente considero un honor el haber sido elegida para escribir el prólogo de *Cuando florece el macano*, su primera obra publicada.

Mi hermano, desde muy niño, demostró interés por la lectura, y sus ratos libres los dedicaba a disfrutar desde libros de poesía hasta tratados de metafísica. Controversial y visionario, Roberto ha ido formando dentro de sí un mundo de conocimientos y sensaciones diversas... un universo en expansión.

Y ahora ha decidido compartir con nosotros una parte de ese universo, la parte emocional, transmitida a través de la escritura, y nos la regala en este su primer libro de cuentos.

Quisiera comentar un poco acerca de los cuentos que conforman esta obra.

Adiós, amigo mío es una hermosa expresión del amor y cariño que puede existir entre un hombre y un animal; un tierno y dulce relato en el cual se ponen de manifiesto los sentimientos del autor hacia los animales. Posee este cuento descripciones tan hermosas como la que reza:

Noche de verano, espléndida y fresca, fragante a jazmín y a rocío. La luna casi llena, diáfana y serena, se levanta lentamente sobre el horizonte, y las estrellas gracilmente palidecen ante su presencia. Su luz dibuja figuras a lo lejos, mientras las nubes caprichosas juguetean en las profundidades del cielo.

La primera vez que disfrute de estas líneas quede embelesada por la belleza que ellas encierran.

De niños, nos gustaba disfrutar de la naturaleza, observar los hermosos paisajes que rodeaban nuestro hogar, a la par que escuchábamos atentos las historias y experiencias de nuestro querido abuelo... ese abuelo que se fue un 31 de diciembre.

Al ponerse el sol es un cuento lleno de emoción y tristeza, que traduce el dolor sufrido por el autor al morir su abuelo.

Cientos de experiencias e historias verídicas son escuchadas en el consultorio de un médico de pueblo. A nuestro padre, médico de profesión, le ha tocado escuchar, y algunas veces vivir, historias tan increíbles como la plasmada por mi hermano en *Ecós de la guerra*. Estas historias eran compartidas por papá con nosotros para que de ellas tomáramos lo bueno y nos sirviera de lección.

Pero no solo disfrutábamos de historias verdaderas. Aún recuerdo los días en que, sentados junto a nuestro padre, y frente a la amorosa mirada de nuestra madre, mi hermano y yo, entusiastas y ansiosos, esperábamos el final de *Jirafín en Jirafolandia* o de alguna historia fantástica relatada por nuestro progenitor.

Poco a poco nuestra infancia fue quedando atrás, y con ella nuestra inocencia.

La vida nos hace cambiar, madurar emocional y espiritualmente, y darnos cuenta de que no siempre vamos a poder entender el porqué de las cosas; que existe alguien allá arriba que dispone sin cuestionar... sin preguntar.

En la corriente es una historia real, que cristaliza la tristeza que embarga al corazón por la muerte de un amigo.

Los que tuvimos la dicha de crecer en un pueblo chico, hermoso y tranquilo como lo es La Villa de Los Santos, sabemos que muchas son las leyendas que nacen en el campo acerca de brujas, duendes, apariciones, etc. En *Cuando florece el macano*, Roberto Joaquín crea una historia con la cual nos permite saborear todo el embrujo y misterio que rodean a aquellas leyendas, sumergiéndonos en un mar de fantasía pueblerina.

Miel de luna, esplendida y celeste, que, goteando poco a poco con su brillo de plata, corre por las paredes del negro cielo y escurre hasta la tierra; bana las nubes, los arboles frondosos, los rios y los caminos, endulzando generosa la simpleza de la noche.

El cuento *Cuando florece el macano* está lleno de descripciones tan hermosas como esta, realmente cautivadoras.

No hay duda de la vena de escritor que posee Roberto Joaquín, perteneciente a la cuarta generación de escritores de la familia Franco. El primero fue nuestro bisabuelo de origen colombiano, el Dr. Joaquín Pablo Franco González, médico, político, ensayista y poeta; luego nuestro abuelo, el Dr. Joaquín Pablo Franco Sayas, quien, aunque vivió entregado a la medicina, en sus ratos libres se deleitaba escribiendo hermosas poesías, y su hermana, la Dra. Elia Franco de Penna,

premiada en la sección de cuento del prestigioso Concurso Nacional de Literatura *Ricardo Miró*; y en la tercera generación está nuestro tío Hernando Franco Muñoz, licenciado en ciencias políticas y autor de varios libros.

Al estar lejos de mi hogar, he podido comprender tantas cosas... Una de ellas es que el amor de la familia es uno de los sentimientos más profundos, puros y necesarios que existen en la vida; y mi hermano forma parte importante de esa familia, una parte con la cual he aprendido mucho.

Roberto, doy gracias a Dios por darme la oportunidad de disfrutar la dicha de tenerte como hermano. Gracias por regalarnos tu arte y tu belleza espiritual. Te espera un futuro brillante y lleno de éxitos. ¡Suerte!

Ahora dejo en sus manos esta obra que, como una sinfonía de Mendelssohn, debe ser disfrutada compás a compás, palabra a palabra, y saboreada con el corazón lleno de sentimiento, para poder percibir la abismal hermosura que la compone.

Te quiero mucho, hermano.

Eka Elvira

Ciudad de Panamá, 22 de octubre de 1993

Introducción

(1993)

EN ESTE LIBRO RECOJO todos los cuentos que he escrito en mi vida. Ellos son el fruto de momentos de inspiración y de muchas horas de concentración y desvelo. *Cuando florece el macano* es hijo de la imaginación; los otros, *En la corriente*, *Ecos de la guerra*, *Adiós, amigo mío* y *Al ponerse el sol*, son basados en sucesos verídicos. Pero todos llevan entre sus líneas un poco de mí y de mi forma de ver la vida en la adolescencia.

Desde pequeño, creo que inspirado por las obras de mis escritores favoritos —Eustorgio Chong Ruiz, Gabriel García Márquez, Julio Verne, Rosa María Britton, Rogelio Sinán, entre otros— tuve el sueño de escribir un libro, publicarlo y que la gente al leerlo se deleitara tanto como yo con los libros que he leído. Las dos primeras partes de mi sueño ya se cumplieron. Ahora corresponde a usted que sostiene este libro el juzgar si la tercera es una realidad.

Roberto Joaquín Pérez-Franco

La Heroica Villa de Los Santos, 1993

Crítica recibida

EL DESTACADO ESCRITOR Y diplomático panameño, Eduardo Ritter Aislán, en una reseña publicada en el diario *La Prensa Gráfica* de El Salvador el 18 de diciembre de 2000 (y luego en *La Prensa* de Panamá el 3 de febrero de 2001), dice:

«Roberto Joaquín Pérez-Franco es un escritor culto. Maneja todos los resortes del idioma español con fiabilidad, estabilidad y seguridad; no emplea vocablos fútiles, superfluos y ociosos, y procura eludir el rebuscamiento, el artificio y la afectación. Como su vocabulario es rico, caudaloso y amplio, puede individualizar sus personajes y trazarlos con caracteres inconfundibles. *Cuando florece el macano* es una selección de cinco cuentos de antología. En el reducido espacio de una glosa periodística no puedo enumerar las excelencias de cada relato, pero puedo asegurar que todos son dignos de figurar en el más exigente florilegio de cuentos hispanoamericanos. Y en esto no hay hipérbole generosa, sino un estricto apego a la verdad».

El profesor, crítico literario, y académico de la lengua Melquíades Villarreal Castillo, en su artículo *Panorama del cultivo de las letras en la provincia de Los Santos*, aparecido en la *Revista Cultural Lotería* No. 415 (1997), dice:

«Una revelación en la cuentística santeña, se ha patentizado en la figura de Roberto Joaquín Pérez-Franco (1976), quien a su corta edad ha publicado ya dos compilaciones de cuentos: *Cuando*

florece el macano (1993) y *Confesiones en el Cautiverio* (1996). ... Es obligatorio enaltecer la creatividad de Pérez-Franco ... es valioso apuntar, que después de leer toda la obra publicada de Roberto Joaquín Pérez-Franco, hemos advertido en él la chispa, el ingenio creador y sobre todo la búsqueda del estilo propio, que aunque todavía se percibe insinuado por la morfosintaxis y los efectos semánticos de Gabriel García Márquez, denota la ubicación del novel autor en las corrientes literarias del momento dentro de la literatura hispanoamericana».

Sobre el autor

Roberto Pérez-Franco nace el 26 de abril de 1976 en Chitré, Panamá, y crece en la aldea Heroica Villa de Los Santos. Su principal contribución artística se da en la literatura. Escritor desde la adolescencia, publica cinco colecciones de cuento entre 1993 y 2008, que han merecido diversos reconocimientos, incluyendo el Premio Nacional de Cuento *José María Sánchez* en 2005. Aparece en múltiples antologías y revistas literarias, nacionales e internacionales. Además del cuento, cultiva el verso y el ensayo corto. Egresado del Colegio José Daniel Crespo en Chitré en 1993, el cual luego crea un Círculo de Lectores en su nombre, culmina la Licenciatura en Ingeniería Electromecánica en la Universidad Tecnológica de Panamá en 2001, como miembro del Capítulo de Honor. Con una beca Fulbright, completa una Maestría en 2004 y un Doctorado en 2010, ambos en el prestigioso Instituto Tecnológico de Massachusetts, donde luego labora hasta 2017. Polifacético e inquieto, presenta ideas en áreas diversas, como la simulación simbólica de circuitos eléctricos, la arqueo-astronomía y el folkllore. Sus pasiones incluyen la literatura, la pintura, la música, el ajedrez, el kayak y el esperanto. Tras doce años en Boston, en 2017 se traslada a Melbourne, Australia, donde reside junto a su esposa y su hijo.

Más información en: WWW.ROBERTO.AU

(Biografía de 1993)

Roberto Joaquín Pérez Franco nace el 26 de abril de 1976 en la ciudad de Chitré. Hijo de padres santeños, vive toda su vida en la Heroica Villa de Los Santos.

Sus estudios primarios los realiza en el Colegio Psicopedagógico Bilingüe, graduándose con puesto de honor.

Actualmente cursa el sexto año en el prestigioso Colegio José Daniel Crespo, al cual ha representado exitosamente en las Primeras Olimpiadas Panameñas de Física, ocupando el sitio más alto entre los colegios secundarios oficiales, y en el concurso de fotografías de la Cámara Americana de Comercio, donde obtuvo el segundo lugar.

Recientemente fue galardonado en el Concurso Fotográfico Carlos Endara con tres Menciones Honoríficas.

Cuando Florece el Macano es su primera obra publicada.

Agradecimientos

(1993)

A Dios, como sea y donde esté, por todo lo que me ha dado.

A mis padres, a mi hermana Ekita y a mi familia los Pérez y los Franco, por darme su amor y apoyarme siempre.

A la familia Del Rosario Franco, por facilitarme su computadora para la confección del material de este libro.

A la profesora María Gutiérrez de Pinzón por revisar el texto desinteresadamente.

A los que compraron este libro, esperando que sea de su agrado.

¡A todos ellos, muchas gracias!



Addenda (2024)

Agradezco a mi padre, el Dr. Roberto Elías Pérez Saavedra, el haber hecho este —mi primer libro— posible, en todo sentido. Primero que todo, mi padre propuso la idea de hacer un libro, cuando yo apenas tenía un par de cuentos escritos. Luego, mi padre revisó el texto completo —exhaustivamente, múltiples veces— con una devoción y paciencia que no he vuelto a encontrar en mi vida. Finalmente, mi padre patrocinó su publicación en 1993, diseñó la portada, y cubrió

los costos del evento donde se le presentó, en mi colegio secundario. Ahora, más de tres décadas después, y una década después de la muerte de mi padre, mi corazón está lleno de amor y agradecimiento hacia él, mi mejor amigo y mayor mecenas.

Agradezco a mi hermana, la doctora y poeta Eka Elvira Pérez-Franco, el hermoso prólogo que adorna este libro desde su primera edición.

Agradezco a la magíster Ilka Stella Calderón de Mora —mi profesora de español en el Colegio José Daniel Crespo, en lo que entonces se llamaba el sexto año de secundaria— la gentileza que tuvo al asignar a sus clases la lectura de mis cuentos. Esto me permitió la maravillosa experiencia de que mis compañeros leyeran mi libro, y resultó en un cómico incidente: en el examen bimestral, tuve que responder preguntas sobre mi propia obra. Como era mi costumbre, no había estudiado, y terminé copiándome del compañero de enfrente varias respuestas a preguntas sobre mis personajes. Al final, la profesora Ilka —quien siempre me ha apreciado mucho— me puso buena nota. Esos hermosos momentos no tienen precio, y me los llevo a la tumba.

Agradezco a mi amigo, el profesor Rodolfo de Gracia Reynaldo —escritor, crítico literario, académico de la lengua— su atenta revisión de esta obra.

2024

Cuando florece el macano

(1993)

Quando florece el macano

(cuento largo)

AL FIN HABÍA TERMINADO. Rápidamente se colocó la canasta sobre la cabeza, se dio media vuelta y se fue, dejando atrás a la vieja Cata, la cual, entre marañas de espuma y pilas de ropa empapada, seguía lavando en el río.

Magalis había sido extraordinariamente rápida hoy, como si tuviera algo muy importante que hacer. La señora estaba intrigada, su instinto le decía que algo se traía la muchacha entre manos. Pero ocultó su curiosidad tras el manto de su cautela, y la vio alejarse en silencio, subir el barranco y perderse en la vereda.

—¡Qué vaina! Es por gusto. Ojalá que no le pase ná'. Si me hiciera caso, si se dejara de hacer esas vainas que hace. ¡Como si tó' fuera juego! Le va a pasá una vaina por pendeja.

La vieja baja la cabeza, se aparta de la cara un mechón de pelo y frota vigorosamente la ropa sobre un madero.

El sol inclemente del mediodía da paso a una brisilla fresca de verano que desgaja susurros de los árboles y barre los polvorientos caminos.

La muchacha camina ansiosa, arde en su alma el deseo de practicar lo prohibido, de conocer lo oculto, de develar los secretos que hay tras el bien y el mal. Lleva entre su ropa el papel que 'ña Lucrecia le diera esa mañana en el pueblo, lo que ella tanto había esperado, el reto mayor.

La doña tan sólo le dijo que lo usara con cuidado y que no le dijera a nadie de dónde lo había sacado.

Por fin podría obtener todo lo que quisiera, todo lo que se le antojase, hasta sus más mínimos deseos. Una amplia sonrisa se dibuja en su rostro. Acelera el paso. El corazón le danza en el pecho arrastrado de un lado a otro por sus ilusiones, su mente se pasea por el universo de posibilidades que divisa en su futuro.

Sus pies descalzos se tiñen de rojo y el polvo que levantan se le enreda entre su falda. A su paso, unos cuantos ancianos, que descansan en sus taburetes reclinados sobre las puertas, la siguen con la vista. Conversan entre ellos. Saben lo que la muchacha hace y no les gusta para nada. La vida les ha enseñado que hay cosas que se deben respetar, cosas con las que no se puede jugar. Sus profundos y grises ojos han visto muchas cosas malas, inexplicables. Sus canas nos hablan de tiempos lejanos, de cuando la luz eléctrica aún no inundaba las noches, de cuando, al caer el sol, se liberaban miles de espantos que rondaban entre las sombras, cuando el viento era silampa y los capachos, tepesas. Sus corazones frágiles recuerdan el respeto y el terror que sintieron siempre hacia lo misterioso. En sus mentes se confunden los espantos y las santerías, formando un todo oscuro y peligroso para ellos. Pero no para ella...

Desde pequeña, cuando a la luz de una guaricha, en la casa de quinchita de su mamá Doña Chela se reunían todos los muchachos de los alrededores a escuchar los cuentos que Chela y Cata contaban, cuando de sus labios brotaban inagotables historias de muertos, espantos, apariciones y brujerías, Magalis era la única que se reía de ellas, pues los demás chiquillos, con los ojos abiertos y los corazones acelerados, se estremecían con cada pequeño ruido, hasta con el de una hoja que el viento moviera. Ella no temía quedarse de noche sola en la

orilla del río, a pesar de lo que su madre pudiera decirle, pues para la niña la tepesa no era más que un invento de la gente.

Los duendes, brujas y chivatos corrían la misma suerte, pues con su espíritu rebelde, Magalis los invocaba en medio de la noche, los llamaba con toda la fuerza de sus pulmones, los invitaba a aparecer, pero nunca pudo verlos. Por eso se burlaba de sus amigos y, de vez en cuando, se escondía entre los matorrales y cuando veía pasar a alguno de los que vivían con ella por el río, les saltaba encima aullando como loca. Y entre las risas de ella y las maldiciones de su víctima, crecía su escepticismo día con día.

Más de una vez arrancó plegarias de las bocas de sus vecinos, por dejar platos con ceniza y guayabas para atraer a la tulivieja a la puerta de su casa, o por bañarse de noche en el río, el lugar favorito de las abusiones. Ella quería demostrar que todas esas cosas eran tonterías, cuentos sin sentido que no deberían preocupar a nadie.

Como para ella, al igual que para el resto de esta gente, todo lo que encierra en sí algo inexplicable o misterioso es envuelto en el velo de lo prohibido, no dejaba de sentir cierto placer al romper este velo y mostrar a todos que ella no teme al mal que tanto terror causa en los demás.



Una cosa siguió a la otra. Nadie sabe cuándo ni cómo, pero un temor pequeñito brotó en ella, una repentina toma de conciencia, un súbito escalofrío se apoderó de su valor y la hizo cambiar su forma de ser. Hace unos meses que Magalis dejó de ser la muchacha burlona e incrédula. Algunos dicen que le salió el chivato, otros alegan que fueron duendes que se la querían llevar.

Lo cierto es que el desconcierto no se hizo esperar esa noche, cuando se escuchó un espantoso grito en el río. Segundos después llegaba Magalis a su casa, aterrada, desnuda, bañada en sudor y en llanto, y balbuceando agitada, entre el murmullo de los vecinos que la rodeaban.

—¡Lo vi, lo vi! ¡Casitito y me lleva, carajo!

Pero el tiempo pasó y el suceso quedó en el olvido.

Tan sólo ella nunca lo olvidó. A su enorme confusión de los días siguientes le siguió una creciente obsesión por cubrirse de amuletos y otros objetos que la pudieran proteger contra posibles males y embrujos.

Poco a poco fue entrando en el mundo de la santería, de las limpiezas de espíritu y todo lo que dichas cosas traen consigo. Fue entonces cuando conoció a Doña Lucrecia. La doña tenía fama en el pueblo por hacer trabajos de santería para aquéllos que la necesitaran. Magalis aprendió de ella algunas cosas y, al tiempo de conocerla, le habló de lo que le sucedió esa noche en el río. Le contó lo que vio y la vieja Lucrecia le dijo:

—Te está buscando, Magalis, y te va a encontrar. Es mejor que tú lo llames antes de que él te halle.

Y desde que la vieja le dio el papel esa mañana, difícilmente pudo ocultar su ansiedad por leerlo y ponerlo en práctica. Siente esa misma alegría que sentía de niña al asustar a sus amigos; el placer de ver el misterio desvanecerse ante sus ojos y comprobar que más allá no hay nada.

Sólo que, en esta ocasión, sí hay algo, algo muy grande y poderoso. Por eso su sangre le arde en las venas y aguarda ansiosa el momento en que, al fin, el poder sea suyo, sólo suyo.



Anochece. El sol furtivo corre tras los montes, arrastrando su manto rojo, naranja y violeta. Los cerros se esfuman y dejan su vacía y negra silueta bajo el cielo en llamas, mientras que, al otro lado, entre el negro creciente de la noche, se asoma tímidamente la luna encendida como una concha de nácar, sobre el paisaje de tejas y árboles del pueblo lejano, y sigilosa se eleva en el cielo.

Miel de luna, espléndida y celeste, que goteando poco a poco con su brillo de plata, corre por las paredes del negro cielo y escurre hasta la tierra; baña las nubes, los árboles frondosos, los ríos y los caminos, endulzando, generosa, la simpleza de la noche.

La noche sueña fresca y callada, arrullada por el interminable cantar de los grillos y el casi imperceptible murmullo de las aguas del río, y mecida por la brisa que corre juguetona entre montes y llanos, llevando consigo olores de jazmín y de cananga, envueltos en los sueños y las esperanzas de la gente que trabaja esta tierra.

Indiferentes, como la brisa, corren lentas las horas.

Magalis, tendida sobre su catre, mira cómo la luna llena, espléndida como un sol se cuele entre las tejas de su casa y cómo lentamente se encumbra en el cielo.

Siente miedo. Ya no es tan fuerte como antes. Quizás sólo es menos tonta. ¿O será más tonta? Su alma se estremece como la llama de una vela, en la que arden sus pasiones mientras se consume su razón. Por momentos quisiera olvidarlo todo, pero una extraña fuerza interna la impulsa a seguir adelante, esa misma fuerza que toda su vida la había arrastrado por los campos de lo prohibido, por los oscuros abismos del temor y que la había hecho salir siempre airosa.

Pero ahora estaba frente a algo mucho más grande, demasiado grande para ella, pero al alcance de su mano, tan cerca de ella como aquella noche en el río. Eso sí que estuvo cerca. ¡Demasiado cerca!

Ahora lo recuerda. La noche poblada de estrellas, el río fresco y torrentoso, el agua deslizándose sobre su piel, y la reconfortante sensación de separarse del resto de los mortales, la serenidad y ese inmensamente cautivante y sedante éxtasis que produce la unión con la naturaleza.

—¡De aquí no me saca ni el diablo mismo que venga!

Y como si fuera ésta la gota que desbordara el vaso o el llamado que desbocase toda la furia del mal, lentamente, y con la fuerza creciente de un volcán en erupción, se revuelven las aguas y se desata el viento, arrastrándola con fuerza río abajo, donde una luz roja, intensa y humeante palpita sobre las aguas.

La verdad es que se salvó de milagrito. Todavía ahora se le acelera el corazón cuando lo recuerda. Sino es porque se agarró bien fuerte de las raíces desnudas de un árbol de mango se la hubiera llevado el diablo.

Por eso es que ahora le da miedo llamarlo, aunque 'ña Lucrecia le dijo que no había que temer si se le invocaba bien. Pero ¿si no es verdad, si se la lleva? Bueno, tiene que arriesgarse.

Rápida, pero silenciosamente busca el papel que esa mañana le dieron, y caminando en puntillas sale de su casa. Con una linterna alumbró el arrugado y casi ilegible papel, tratando de descifrar su contenido.

—Vamos a ver... "Yo te invoco, espíritu infernal. Reclamo tu presencia, ven a mí. Escucha mi petición y concédeme lo que te pido. Recibe mi futuro y dame otro presente. Ven a mí."

Un fugaz escalofrío le recorre el cuerpo. Traga fuerte. Recuerda a la vieja esa mañana, sus consejos y sus advertencias. "Al borde del

río", le dijo. Bueno, eso no será muy difícil, aunque a ella le da un poco de miedo desde esa noche. "Sin ropa, porque las costuras en cruz lo ahuyentan", con razón se le apareció esa noche, como estaba en cuera. "¿Qué más? ¡Ah, sí!, a la media noche, con luna llena". Este es el momento, no hay tiempo que perder.

Con pasos menudos y mirando nerviosamente en todas direcciones camina hasta alcanzar el borde del río. La noche es profunda y clara, trae en la brisa el olor a monte y la frescura del sereno.

Se desnuda. La noche dibuja en su cuerpo sudoroso destellos de luna, dejando adivinar su delicado contorno. Avanza lentamente hasta sumergir sus polvorientos pies en el río. Una leve sonrisa aparece en su semblante. Quizás piensa en la cara que pondría su madre o en la cantidad de cruces que se haría la vieja Cata si la vieran. Seguro le gritarían: "¿Qué es lo que tú te has creído?" o le bajarían todos los santos del cielo. Tal vez se imagina lo ridículo que les parecería a sus amigos lo que está haciendo, desnuda a media noche en el río, a punto de vender su vida. O en lo decepcionado que se sentiría el Padre Conde si se enterase. Eso es lo último que él se esperaría de una de esas inocentes criaturitas que en sus manos escurrieron agua bendita sobre la pila del bautismo, o recibieron la comunión en alguna de sus misas o novenas.

Un grupo de blancos revoloteos de luz coronan sus pisadas sobre el reflejo de la luna. Sigue avanzando. El agua fría poco a poco va cubriéndola, envolviéndola, embriagándola. El momento ha llegado.

Eleva en su mano el papel, y se hunde por un instante en las refrescantes aguas del río.

La brisa le hace sentir un frío increíble, que surge desde los huesos y le hiela la sangre, su cabeza palpita por dentro, su respiración se entrecorta, y de su boca brota el llamado fuerte y penetrante.

—¡Yo te invoco, espíritu infernal!

El corazón le salta en el pecho con tanta fuerza que su voz se le atraganta en la garganta, su respiración se hace honda y ansiosa.

—Vamos, debo hacerlo, tengo que hacerlo. —y otra vez su voz se eleva más allá de los barrancos:— ¡Reclamo tu presencia, ven a mí. Escucha mi petición y concédeme lo que te pido. Recibe mi futuro y dame otro presente! ¡Ven a mí!

Su eco se pierde entre las palmeras y el mismo inmenso silencio que reinó minutos antes, volvió a invadir el lugar. Magalis busca ansiosa entre las sombras la respuesta a su llamado, pero la quietud del cuadro nocturno es rota únicamente por las pencas ondeantes de las altas palmeras del borde del río.

Inútilmente, contiene la respiración unos instantes mientras intenta descubrir entre los ruidos de la noche algo que delate la presencia del demonio.

Nada. Tan sólo el murmullo de las aguas, el eterno canto de los grillos y el suspiro de la brisa entre las hojas.

Confundida por los resultados de su conjuro, o por la falta de ellos, meneaba la cabeza como tratando de entender lo que pasa. Ella hizo todo lo que le dijo Lucrecia. Quizás no gritó lo suficientemente fuerte.

—¡Ven a mí!

El grito ensordecedor hace vibrar los barrancos y se pierde tras los sembrados de sandías y melones. Pero como si la noche se tragara inevitablemente su voz, el mismo silencio impenetrable la envuelve por completo. Se siente sola, inmensamente sola.

Por un instante se contempla a ella misma. Puede ver cómo ante sus ojos se desvanecen las ilusiones de su futuro, los sueños que en su corazón había sembrado se marchitan velozmente. Se siente engañada. En su mente aparece la imagen de Lucrecia, con sus dientes negros y su cara achurrada, riéndose de ella; la de su madre, la de Cata, la de sus

vecinos, y hasta la del mismo diablo, burlándose de ella, ¡de ella! cuando es ella la que se debe reír de ellos, pues ellos son los tontos, los que viven temerosos. Un gran odio se agiganta en su pecho.

—¿Qué, no vas a aparecer, maldito? ¡Pues no te burlarás de mí!

Maldito diablo. ¿Cómo se atreve a dejarla plantada, esperándolo? Se aparece cuando no lo llaman, y cuando lo llaman no llega. Eso es insoportable. ¡Nadie se burla de ella! Que se quede con su poder si quiere, pues ella no lo necesita.

Enfurecida sale del agua, y se viste apresuradamente.

—¡Por mí, púdrete con todo y tu infierno, desgraciado!

Y mientras corría llorando de rabia hacia su casa, la luna continuaba, serena e ignorada, su viaje por el cielo.



Ella lo siente. Ahí, al borde del río. El agua fresca, el río verde como guarapo, la brisa alegre y juguetona, los mangos, las palmeras y el cielo puro y azul. Y el sol fulminante del verano. Ese es el problema, el sol. No puede ser de día. Debe ser de noche. Pero ella lo siente, lo ve, lo respira, lo desea.

El momento ha llegado.

Súbitamente el sol se transforma en luna, el día en noche, y el mundo entero calla. Un impenetrable silencio envuelve el lugar. Y ella, desnuda en la desnudez de la noche, serena con la serenidad de la luna y altiva en la altivez de las estrellas, eleva sus manos en el aire.

—¡Ven a mí!

Y tras su voz que recorre de canto a canto el cielo, en respuesta inmediata a su llamado, se estremece la tierra, se nubla el cielo y de las

aguas hirvientes del río, entre vapores, destellos y llamaradas, surge él, enorme, majestuoso, pero temible y poderoso, tal como ella lo imaginó.

Ella le teme, es cierto, pero es más su curiosidad. Quiere verlo de cerca, conocer esa figura enigmática que vive en las tinieblas y que es tan temido por su gente. Después de todo ella lo llamó, y de ahora en adelante lo tendrá siempre cerca, así que debe acostumbrarse.

Paso a paso va acortando la distancia que los separa. Ahora lo ve mejor. No parece tan malo, y no es nada feo. Es más bien guapetón. Y con un aire de gran señor que impone respeto.

Ya estaba ella acercándose demasiado cuando él, con su voz de trueno, le dice:

—¿Me querías? Ahora me tienes. Te otorgo mi poder. Podrás controlar el bien y el mal a tu gusto. Pero un día vendré por ti. Cuando el macano florezca te buscaré y te llevaré conmigo, para siempre.

El demonio lanza una carcajada tan espantosa que la muchacha, aterrada, intenta huir. Pero es muy tarde ya. Está paralizada. Siente cómo se eleva en el aire, arrastrada con fuerza hacia él. Lucha desesperadamente por bajar, por agarrarse de algo, de lo que sea, grita, patea, llora, pero todo es inútil. Está completamente a su merced.

Pero justo cuando cree que es su último instante de vida, él, inexplicablemente la toma por los hombros y la sacude violentamente.

—¡Qué es lo que te pasa! ¡Despierta!

—¡Suéltame, animal infeliz!

—¡Que despiertes, muchacha!

La pobre abre tímidamente los ojos y contempla, asombrada, la cara redonda de su madre, quien asustada, le grita que despierte.

—¡Me vas a matar de un susto, Magalis!

Pero ella no contesta. No tiene palabras. Y mientras respira agitadamente, siente cómo el corazón da tumbos en su pecho y cómo lentamente le vuelve el alma al cuerpo.

Sudorosa y aún sin palabras, se abraza fuertemente a su madre, que la mira con esa expresión de cariño infinito que sólo las madres son capaces de dar.



Amanece. El sol, poco a poco, se asoma entre los tejados y calienta suavemente el aire fresco de la mañana.

Rumores de gente que despierta; de puertas que rechinando y crujiendo, se abren de par en par; repicar de campanas sonoras, lejanas; olores a café, a yuca sancochada, a guiso con carne y a tortilla changa; sensaciones que ruedan por las aceras y que, inundando las calles, bautizan el nuevo día y dan vida al solitario paisaje.

Vendedores arrastran sus carretillas repletas de verduras, frutas y carnes, y anuncian, gritando, sus mercancías.

—¡Sí hay tomate, papas, cebollas. Sí hay!

—¡Pescao, pescao!

—¡Yuca, a cinco reales la yuca!

Magalis camina alegre por el pueblo, joven, galana y hermosa, con una cinta roja que le recoge en una trenza su cabellera negra, y con su rostro radiante como el sol.

-¡Pargo rojo fresco!

-¡Huevos, a dolar la docena!

-¡Caaamarone, camaroneee!

Se desliza entre la gente y los vendedores, que la miran de reajo con una extraña combinación de respeto, temor y deseo. Recorre los

puestos y las fondas mirando, tocando y comprando a veces una libra de ésto o dos paquetitos de aquello, y uno que otro pedazo de lotería. Pero siempre sonriente, así como sonríen los pájaros al cielo o la luna a la noche.

—¡Bollo chango. A cuara los bollos!

—¿A cómo vende los tomates?

—Son a ocho reales la libra, linda.

Cerca de allí, en un limpio de un patio, unos niños juegan con trompos.

—¡A que te lo bailo en la mano!

El niño lanza, con un latigazo de su mano, el trompo por el aire. El trompo, girando como un torno, vuela por un instante y cae sobre la mano del chiquillo, que lo balancea y lo pasea frente a sus amigos. Sus carcajadas se esparcen por el patio.

Pero uno de los niños calla súbitamente: Magalis está pasando frente a ellos. Y aunque ella ni siquiera cambia su paso, los niños no se atreven ni a parpadear.

Son bien conocidas por ellos las historias —falsas, por supuesto— de los muchos niños que han sido devorados por ella. Y aunque a ellos, en lo personal, no les parece muy feroz, prefieren no tomarse ningún riesgo, creyendo a pie juntillas los fantásticos relatos que sus mamás les cuentan con el único y oculto propósito de que sus hijos, temiendo ser acusados de mal portados ante la "devora-niños", les obedezcan.

Pero no había la muchacha doblado la esquina aún, cuando, sonriendo pícaramente, comenzaron a seguirla en silencio.

Mientras, la hermosa joven regresa a su casa, cargada de cartuchos con comida y víveres. Desde hace mucho tiempo no le hace falta nada, pues el dinero y la suerte parecen acompañarla.

La vida le sonríe. Por ejemplo, Manolito. Ese muchacho que siempre le gustó, pero que nunca se interesó en ella, ahora lo tiene rendido a sus pies. Además, ganarse la lotería con los cuatro números y la curación del reumatismo de su mamá, todo en menos de dos meses, le valió una fama tal que sería la envidia de muchos políticos.

Y como en todos los pueblos pequeños, la noticia voló como el viento: Magalis, la hija de Chela, tiene poderes. Muchos dicen que es bruja; otros, más sensatos, creen que los extraños sucesos se deben a una rara sucesión de casualidades. Pero de lo que no cabe duda es de que hay algo misterioso en esa muchacha.

Sea como sea, en unas cuantas semanas tenía una reputación tal, que desde pueblos lejanos venían las personas a visitarla, para pedirle que les hiciera algún trabajo o curación. Amores imposibles, matrimonios rotos, niños epilépticos, vacas enfermas, odios y peleas familiares, todo pasaba por sus manos, y al menos a casi todo, le daba solución.

Magalis, en verdad, no hacía nada. Después de oír el problema, decía con voz solemne: "Deje todo en mis manos", y luego les cobraba la visita. Al irse la persona se olvidaba del asunto y ¡problema resuelto!. Ella nunca se enteró de si funcionaban sus "trabajos" o no, pero, a juzgar por el número cada vez más grande de sus consultantes, debían dar muy buen resultado.

Así fue como ella misma comprobó que sus poderes no eran rumores, ni mucho menos producto de un sueño, sino que eran reales, y muy fuertes. Lo que también significaba que, debido al pacto, ella tendría que entregar su alma al demonio cuando, al florecer el macano que está al lado de su casa, éste viniera a cobrarle todo lo que por ella hizo.

Pero ese día está muy lejos aún, piensa ella. Ese viejo macano hace años que no florece, ¿por qué habría de hacerlo ahora? Además, el macano no florece sino de noviembre a enero, y ya estamos en febrero. Se siente confiada. Sonríe levemente. Sus pies dejan huellas en el rojo camino de tierra suelta.

Varios metros más atrás, agachados tras un pajonal, los niños discuten en voz baja.

—¡Yo me quiero ir! Esa bruja nos va a coger y nos come vivos.

—¡Shhh! No seas tan flojo, carajo. ¿No dices que eres hombre macho? Vamos a ver qué tan bruja es.

Así, a ratos agachados tras la hierba, a ratos corriendo con sigilo, la siguen hasta llegar cerca de su casa. Pero al verla detenerse de pronto, de un salto se esconden detrás de un árbol. Era un árbol de tronco áspero, de retorcidos ramajes forrados por infinidad de menudas flores de un color amarillo intenso, ondeando al viento. Era un macano.



Una flor, una pequeña flor amarilla de suaves pétalos sin fragancia. Una flor que, agitada por la brisa, se desprende de su tallo, y cae lentamente girando, hasta atravesar la mirada de la joven.

Magalis ve la pequeña flor caer a sus pies. Está paralizada. Un leve escalofrío le sube por la espalda, erizando sus cabellos. No quiere mirar atrás. Le aterra lo que pudiera ver. Pero, lentamente, gira su rostro hasta ver de reojo la enorme figura amarilla del árbol de macano, que como vicario del más allá, le anuncia el momento de su muerte.

Un terror inmenso se apodera de ella. Gritando espantosamente se deja caer de rodillas en el suelo, y, mientras sus compras ruedan camino

abajo, los dos niños aterrados, llorando y gritando, huyen a toda prisa por el polvoriento camino.

La muchacha, enloquecida, presa del pánico y de la desesperación, llora a gritos en el suelo. En ese momento no puede ver más que angustia y muerte arrojándola a un abismo de donde nunca saldrá.

Pero aún no está perdida. Ella sabe que Dios todo lo perdona y todo lo puede. Así que, levantándose rápidamente, sale corriendo hacia el pueblo. Allí, en la iglesia, encontrará protección contra el demonio. Él no se atreverá a entrar en la casa de Dios.

Magalis corre sin detenerse ni un momento. Sus pies descalzos sangran por las piedras del camino. Corre como un animal, respirando agitadamente, como si cada respiro fuera el último. Varias veces cae, golpeándose fuertemente, pero parece que el miedo la ha embrutecido: no hay en su mente otro pensamiento que no sea llegar a toda costa.

Sudada, ensangrentada y con la ropa hecha jirones —pero con la fuerza que proporciona el instinto de la propia conservación— llega al pueblo y corre por las calles ardientes con los pies en carne viva. Pero ahora no debe detenerse.

Algunas viejas beatas que la ven pasar se persignan asustadas ante semejante espectáculo. Ahora, después de correr por más de media hora bajo el sol implacable, herida y exhausta, se desploma estrepitosamente, a menos de dos cuerdas del templo. Está muy cerca, demasiado cerca para no seguir, así que, con un esfuerzo sobrehumano consigue levantarse y avanzar penosamente.

Al cabo de unos angustiosos minutos, por fin está frente a la iglesia, con sus torres altas, sus tejas enmohecidas y sus puertas abiertas de par en par, invitándola a entrar, a encontrar el perdón divino y la calma para su tormento.

Nuevamente cae, estrellando su rostro contra el asfalto hirviente de la calle. Eleva lentamente su cara enrojecida y balbucea tenuemente.

—Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre...

Estira la mano y alcanza apoyarse en el primer escalón y, arrastrándose, se impulsa lentamente.

—...venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo...

Siente un dolor punzante en el pecho, como si un puñal le atravesara el corazón de lado a lado. Estira su otro brazo, pero el dolor se hace más intenso, y, por un momento, vuelve a rozar tierra.

—...danos hoy nuestro pan de cada día, perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden...

Intenta ganar el último escalón, se arrastra poco a poco, dejando una estela de lodo y sangre tras de sí. Su cuerpo está destrozado; su mente, atormentada; su alma, pendiendo de un hilo.

—...no nos dejes caer en la tentación...

Un poco más y habrá llegado.

Su mano temblorosa se alarga hasta el último escalón, pero su corazón se comprime nuevamente y el dolor se hace insoportable, y ella se retuerce sobre la escalera, quejándose lastimeramente.

—...mas líbranos del mal...

Así —en medio del estertor de su respiración, del sangrar de su cuerpo y el llanto de su alma— la muerte la envuelve y le arrebató un lamento largo y hondo, que se confunde con su eco en las profundidades de la iglesia.

La brisa sopla y, barriendo las calles, se eleva en un torbellino de polvo y hojarasca, que envuelve el cuerpo deforme, y se pierde por el callejón.

Esa mañana, en la misa, nadie supo qué era ese gran charco rojo que estaba en la entrada de la iglesia. Unos dicen que es cosa de brujas, otros dicen que fue el chivato.

Nadie volvió a ver el cuerpo muerto de Magalis.



Junto al río, las palmeras bailan con el viento y los susurros de la noche.

Se perdió Magalis. Nadie sabe qué le pasó: dicen que se la llevó el diablo.

Ahora, la vieja Cata cuenta a sus nietos la historia de la muchachita rebelde que no temía a la noche. Y, a la luz de la guaricha, la fragancia de la leyenda envuelve el lugar.

1993

Adiós, amigo mío

(cuento corto)

UNA SUAVE BRISA REFRESCA el ambiente caluroso del verano, bajo el amplio cielo, desbordante de luz. Bajo el tupido ramaje de un viejo y retorcido mango, sumergidos en el más sagrado silencio, los dos amigos se contemplan mutuamente. Inmóviles, se miran largo rato, pues los envuelve el abismal dolor de la despedida, ese dolor que los carcome por dentro, que extingue toda alegría y que ahoga las esperanzas de volverse a ver. Ambos lo sienten, ambos lo saben. Por eso se miran tan callados, pues la pena los tortura y los consume poco a poco.

El muchacho siente cómo el dolor se le enrosca en el alma, cómo le aprieta el corazón hasta sofocarlo entre los anillos de la angustia que los invade. Momentáneamente, la voz pausada de su madre lo hace reaccionar.

—*Hay que matarlo, hijo. Hay que matarlo.*

El joven se estremece. Él ya había visto a la muerte acercarse lentamente a su amigo, acechándolo, como una fiera acecha a su presa. Él sabe que no hay más solución para su angustia que la muerte, pero matarlo sería como matarse él un poco, como si muriera un trozo de sí o como si se esfumara una parte de su alma.

—*Mira cómo se queja, como sufre el pobrecito. No agrandes su pena, mátalo, hijo, mátalo. Así descansará.*

El pobre lo mira con sus ojitos claros y brillantes, cargados de lágrimas y de esa angustia dolorosa que trae consigo la muerte. ¿Cómo podría matarlo? ¿Cómo, si él es su amigo, su compañero? ¿Cuántos momentos compartieron juntos! ¡Tantos días alegres! Siempre juntos, como enamorados, adonde iba uno, iba el otro.

Ahora recuerda cuando muy de mañanita, bañados los pies en rocío y vigilados por el cielo aún estrellado, salían a cazar iguanas; a recorrer los potreros y el borde del río, asomándose entre las ramas y estremeciendo los mata palos. O cuando, huyendo del calor, se tiraban desde los barrancos para sumergirse en las profundas y frescas aguas del río con una explosión de gotas y espuma. Luego se robarían las sandías del señor Arnulfo o las pipas de la huerta del viejo Toña. Al que no corría duro lo agarraban. Y luego, sentados a la sombra del árbol de mango más grande que hubiera, disfrutaban aquellos refrescantes frutos, con los cuales la naturaleza premia el ingenio de los más berracos. ¡Esos sí que fueron buenos tiempos!...

Pero todo eso luce tan lejano ahora. Para él su perro es más que un compañero, es un hermano. ¿Cómo poder matarlo? Pero no hacerlo, sería permitir que la muerte lo devorase poco a poco, que lo torturase a su gusto, hasta extinguir en él su último hilito de vida. A él, a su querido amigo, que días antes se defendió como un valiente contra dos perros enfurecidos que lo atacaron, que no les dio tregua hasta quedar casi muerto, bañado en la sangre de sus enemigos y en la propia, por defender su territorio. ¿Cómo podría matarlo?

El chico se confunde, su mente se nubla, las emociones se arremolinan en su alma, como un huracán que arrasa con furia todo lo que halla a su paso, y, por más que trata de contenerse, rompe a llorar. Las palabras de su madre retumban en su mente.

—*¡Mátalo, hijo, mátalo!*

La vida de su amigo no está en sus manos, pero sí lo está el medio para menguar su agonía. Y tomó la decisión que le dictó su conciencia. Lo mató.



Noche de verano, espléndida y fresca, fragante a jazmín y a rocío. Los sueños se estremecen arrullados por la brisa. La luna, casi llena, diáfana y serena, se levanta lentamente sobre el horizonte, y las estrellas grácilmente palidecen ante su presencia. Su luz dibuja blancas figuras a lo lejos, mientras las nubes caprichosas juguetean en las profundidades del cielo.

Entre el rumor de la brisa y el murmullo de las aguas, dos amigos se pasean por el borde del río. Y dice la gente que en las noches de verano, bajo la luz de la luna llena, se escucha un aullido; es el recuerdo agradecido de un amigo que se fue.

1993

En la corriente

(cuento corto)

a Ñato
y lo que en él había de ángel

LA CORRIENTE CORRE LENTA. Arrastra tallos de plátanos, cocos y pencas secas que —flotando— describen círculos perezosos en las sucias aguas del río.

En ambas riberas, una gran cantidad de personas reunidas ven el agua pasar. Ansiosos y confundidos, murmuran en voz baja lo sucedido: Ñato, el hijo de la Melli, se ahogó esa mañana. Todos vinieron apenas se enteraron de lo que pasó.

Eran como las once —cuando el sol azota y la brisa calla, cuando el río, fresco y sabroso, es el mejor refugio contra el calor— en un remanso, al pie de inmensas palmeras. El chico y otros muchachos de su calle se bañaban a escondidas.

Más de una vez los labios resecos de su padre, curtidos por el mar y por el monte, pronunciaron la sabia advertencia.

—En invierno el río es traicionero, mijo. Espérese a que sea de verano. No busque tentación...

Pero ese día el calor y el cansancio fueron más fuertes. Las aguas turbias y profundas del río crecido eran el escenario de sus juegos, nadando y salpicando, de aquí para allá y de allá para acá. Sus risas

vibraban entre las cañazas y los maizales. Y en un instante, tras un súbito ajeteo de brazos y espuma, el muchacho se pierde bajo el agua sucia del río invernal, para no salir con vida nunca más.

Inmediatamente, la noticia corrió por el pueblo, de modo que, al cabo de unas horas, las huertas y los sembrados se vieron repletos de gente. Parientes, amigos, mirones y voluntarios para la búsqueda del cuerpo, se dieron cita en el lugar.



Hace calor. Las mujeres se abanicán para refrescarse; unas, bajo frondosos mangos, consolando a la madre temblorosa, enrojecida y ronca de tanto llorar; otras, paseándose entre la maleza de los barrancos, mirando, inquisidoras, las márgenes del río.

Sus ojos angustiados se pierden bajo las aguas, sus miradas se enredan en los pajonales, en las sombras y los claros, hasta esfumarse tras las curvas del río.

Hombres jóvenes, valientes, se sumergen por instantes en las turbias profundidades del remanso con unas cuantas bocanadas de aire en sus pulmones. Bucean ágilmente, palpando sobre el lodo y entre las peñas, en una búsqueda desesperada e inútil. Otros han recorrido el río de arriba a abajo, hasta mucho más allá del puente. Han revisado entre los troncos y los herbazales, pero no han visto nada.

La tarde pasa lenta. Los ánimos declinan. Una a una, las personas abandonan el lugar. Tan solo unos pocos siguen escrutando, con ojos cansados, la corriente adormecida. Al caer la noche, un nuevo grupo de personas, con focos y guarichas, llegan al sitio. Improvisan un fogón en los palmares y preparan café. Saben que la noche será larga.



Nada. A pesar de los grandes esfuerzos, no hay ni una señal del cadáver.

Toda la noche, hombres y mujeres se turnaron con focos, para ver si el cuerpo salía. Se buscó con ganchos y con palos, y no faltó uno que otro aventurero que se arriesgara a bucear en la oscuridad, en busca del muchacho. Pero no se halló nada.

Ni aun la milagrosa vela de la Candelaria, flotando sobre una batea corriente abajo, pudo dar con el punto donde el cuerpo había quedado.

Con las primeras luces del alba, un gran número de personas relevaron a los desvelados. Colocaron varios trasmallos, por si la corriente arrastraba el cuerpo. Recorrieron todo el río en bote, aun más allá de la represa, hasta los tupidos manglares. Muchos más hombres buscaron en el fondo del remanso, con necia perseverancia. Mas todo fue en vano. El río se lo tragó y ahora, temeroso, esconde su cuerpo muerto.

—Tenei que llamalo, Melli. Si lo llamai, él sale diuna ve.

Una angustiosa sensación de impotencia se hace sentir. La fuerza los abandona. Sus esperanzas se extinguen. La posibilidad de encontrar el cuerpo parece cada vez más lejana.

—Llamalo, Melli. Si la mama lo llama, él solito sale.

La mujer es llanto. Su corazón ha sufrido demasiado, pero debe intentarlo por todos los medios. Su voz estremece a los presentes.

—¡Ñato, papa mío! Salí, que tu mama te quiere ver. Así como Dios te tenga, asina te quiero. Ven, Ñato, dejá que tu mama te vea. Lindo mío, no me dejéi esperando.

Silencio. La ansiedad recorre los barrancos. Una esperanza chiquita palpita con los corazones.

Pasa un rato. Hay dudas, desconcierto, rumores crecientes.

De pronto, el silencio se rasga.

—¡Miren allá!

Cerca de la orilla, un bulto redondo, negro y pequeño sobresale sobre el agua. La madre reconoce los cabellos despeinados: un dolor inmenso, punzante, se le incrusta en el alma. La mujer se desgaja en llanto.

Minutos después, tras grandes esfuerzos, lograron entre varios sacar del agua el cuerpo, desnudo e hinchado, sangrante por nariz y boca. Con paso lento, el padre regresa a casa con el hijo muerto en brazos, seguido de la madre y la multitud, por el largo camino de tierra.

Atrás, más allá de los palmares, queda el río solitario, invariable, impassible.

La muerte crece en sus entrañas.

1993

Ecós de la guerra

(cuento largo)

—Sabe, Doctor, yo creo que más que todo eso que usted me ha dicho de la sal y el colesterol, lo que a mí me pasa es porque este cuerpo viejo ya está muy cansado.

El Doctor se asoma por encima de sus lentes un instante y sigue escribiendo la receta.

—Si usted supiera lo que ha sufrido este pobre corazón, todos los golpes que le ha dado la vida. ¡Ay, bendito Dios! ¡Tantas cosas en esta vida! Si al menos, Señor, me hubieras dejado tener a todos mis hijos junto a mí.

Haciendo un rápido movimiento de mano, el doctor estampa su firma sobre el papel y se lo entrega a la señora.

—Aquí tiene. Tómese una por día, en la tardecita como a eso de las cuatro. Eso le va a controlar la presión. ¡Una por día!

La señora toma la receta y cuidadosamente la guarda en la cartera que tiene sobre las piernas.

—¿Cómo es eso de que no tiene a todos sus hijos? ¿Qué no viven con usted?

—¡No, Doctor! A mis dos hijos más grandes no los veo desde hace treinta y nueve años, cuando el papá se los llevó sin darme razón de nada.

El Doctor, con evidentes muestras de extrañeza, se acomoda sobre su sillón y cruzando los brazos sobre el escritorio le pide que continúe.

—Verá usted, Doctor. Cuando yo era apenas una muchacha nuevecita, cuando todavía ni había iglesia en los Hatillos de Pesé donde yo vivía, trabajaba cocinándole en su finca al señor Ernesto Ríos. ¿Lo conoció usted, o no?

El Doctor mueve la cabeza en señal de aprobación.

—Por esos años el señor Ernesto viajaba mucho a la capital, y en uno de esos viajes se trajo de paseo a la finca a un amigo suyo, un soldado gringo jubilado, pero que estaba trabajando en la Zona del Canal como mecánico del ejército durante la Segunda Guerra Mundial. Era un hombre alto y grueso; tendría en aquel entonces, unos cuarenta y ocho años; de sonrisa fácil y un mal disimulado acento americano. Acuérdesse que yo solamente era una chiquilla de diecisiete años. Entonces... —se detiene un instante y una leve sonrisa brota en su rostro —Mark, que así se llamaba, me conoció y después de un par de visitas a la finca y de algunos meses de tratarnos y conocernos mejor, nos enamoramos y nos casamos. Fue una boda muy bonita en la iglesia de Ancón, aunque fue poca gente porque él no tenía familia acá y de los míos pocos podían pagar el viaje. Luego alquilamos un apartamento por allí por Calidonia y me mudé a vivir allá. ¡Imagínese usted! Yo acostumbrada a vivir en una casita de quincha y de tejas en Los Hatillos de Pesé, de pronto me veo casada y viviendo en Panamá en una casa de cemento y zinc. Estaba muy contenta. Y vivíamos muy bien. Yo creo que dejando a un lado unas cuantas copas de más de mi marido, diría que éramos muy felices.

Luego cuando nacieron nuestros hijos nuestra vida se llenó de color. Dos niñas y un varoncito, el del medio. ¡Tan lindos! Yo los adoraba y Mark todo el tiempo que estaba en casa se lo dedicaba a ellos,

porque como se la pasaba viaja de aquí y viaja de allá arreglando las máquinas del ejército, a veces se pasaba tres y cuatro días fuera de la casa. Así que cuando volvía le gustaba sacar a pasear a los chiquillos, sobre todo los domingos por la tarde cuando iban al cine a ver los matinés. ¡Esos muchachos cargaban siempre unas ganas muy grandes de que fuera domingo para irse al cine! Él llevaba a la niñita más grande y al varoncito. La más chiquita, que era todavía un bebé, me la dejaba a mí en la casa.

Pero con los años las cosas cambiaron. Vinieron tiempos difíciles. Con el final de la Segunda Guerra el peligro de un ataque al Canal se hacía casi inexistente, y de las tropas norteamericanas que estaban asentadas en toda la República se retiraron la mayoría de los soldados y los equipos fueron devueltos a su país. Podrá imaginarse usted, Doctor, lo que eso significó para nosotros. Yo no ganaba nada y con tres hijos que alimentar el sueldo de jubilado de Mark no era suficiente para mantenernos. Así que, como ya no había equipos ni motores gringos, mi esposo tuvo que trabajar arreglando carros particulares, grillos y cosas así, pero como usted debe saber Doctor, el que tiene el billete es el gringo; el panameño paga muy poco.

La cosa se nos puso fea. Apenas si nos alcanzaba para vivir con decoro. Comencé a ver a Mark muy preocupado esos días. Lo frustraba ver que aunque trabajaba duro no podía sacarnos de esa estrechez económica que lo estaba empezando a ahogar. Varias veces regresó a la casa malhumorado o borracho, tirando puertas y gritándome que ya estaba harto de este país y de esta miseria. Yo me asustaba mucho y lloraba a veces. Íbamos de mal en peor.

Recuerdo que la Navidad de ese año no tuvimos esa gran cena que a él le encantaba, ni pudimos comprar regalos para nuestros niños. Teníamos el dinero contado para pagar y que no nos botara a la calle el

dueño del apartamento. Por eso me extrañó que estando tan cortos de plata, el seis de enero del año 46, mi esposo me dijera que le vistiera a sus hijos porque los quería llevar al cine a ver el matiné de ese domingo como regalo de Reyes. Otra cosa que me extrañó bastante: quería que le arreglara también a la bebé, pero como la niña hacía varios días estaba enferma de la barriga, solamente vestí a los dos niños más grandecitos.

La señora hace una pausa larga. Sollozando saca de su bolso un pañuelito de tela con anchos bordes de encaje blanco y se seca unas cuantas lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

—¿Está usted bien, señora? No tiene que contarme esto si no quiere.

—No, no se preocupe. Yo hace rato quería contárselo para que entendiera por qué le digo que mi corazón está enfermo de tanto sufrir. Yo los vi cuando él se los llevaba por la calle, tomaditos de la mano, y recuerdo muy bien cuando desde el balcón del apartamento, vi que mi hijita me hacía así con la manito, despidiéndose de mí. ¡Tan linda mi hija!

Después de que ambos guardaron silencio por unos instantes, la doña con voz más serena prosiguió con el relato de su vida.

—Esa tarde no volvieron. Cuando la noche comenzó a caer un terrible presentimiento se apoderó de mí. A cada minuto mi angustia crecía. Y esa noche casi me muero de la desesperación cuando recibí una nota escrita por Mark en la que me explicaba lo que había planeado y me decía que él ya se encontraría en ese momento con mis dos hijos rumbo a California. Usted no sabe cómo me sentí, Doctor. El mundo se me hundía, ¡casito me vuelvo loca! Lo único que se me ocurrió fue llamar al aeropuerto denunciándolo para que lo detuvieran, pero fue inútil. Como después me enteré Mark se fue por mar en un barco de guerra del ejército. No volví a saber nada de ellos. Luego, buscando

entre las cosas de mi esposo encontré una dirección en California de una tal señora Jennifer Aguilar, la mamá de Mark. Escribí varias cartas y las envié a esa dirección, pero hasta hoy no he recibido nada. Ni siquiera sé si están vivos o no. ¿Ahora entiende usted mi dolor, Doctor? Los perdí para siempre. Me quedé sola en mi apartamento con mi hija de año y medio y un montón de deudas, que vendiendo algunas cosas que teníamos en el apartamento pude pagar y aún me quedó un poquito de plata para regresar con mi hija a Pesé donde a duras penas logramos subsistir. Muchos años después, cuando tuve a mi cuarta hija, me volvió el deseo de vivir. Ahora mis dos hijas y mi nietecito son mi alegría. ¡Bueno, la vida nos los da y después nos los quita, verdad Doctor Pérez!

—Pero Zoraida, hay recursos legales. Tal vez podría... No sé. ¿Ha intentado usted contactarlos a través de la Embajada de los Estados Unidos aquí en Panamá?

—Pero, ¿será posible?

—¡Nada se pierde con probar!

No estaba convencido, pero al Doctor le pareció que esa tarde cuando la señora Zoraida salió con su paso lento y su bolso de mano del consultorio llevaba encendida en su corazón una esperanza chiquita, pero brillante que abrigada en su pecho ardería hasta convertirse en una realidad tan brillante como un sol.



—"Los pasajeros del vuelo 204 de Pan American procedente de Houston, Texas, arribarán por la puerta número dos".

—Oíste, Lupita, dijeron "Panamerican", ésa es la que me dijeron a mí. ¡Ya llegaron!

—¡Cálmate mamá! Ellos vienen de California, no de Texas. Además el vuelo de ellos es el 325, no el 204. Debes tranquilizarte, que te puede hacer daño, acuérdate de lo que dijo el Doctor.

—Ay sí, m'ijita, pero es que tú no sabes lo que esto es para mí.

—Ven, vamos a sentarnos por acá. Carlos los está esperando allá en la puerta y él nos avisará cuando lleguen.

—Bueno, con lo distraído que es ese marido tuyo, espero que los vea por lo menos.

(No sé cómo quiere que me tranquilice si desde hace tanto tiempo no los veo y hasta los daba por muertos. ¡Pero hay que ver los milagros que haces, San Miguel! ¡Yo sabía que no me ibas a fallar! Tienen que estar grandotes, si mi hija hasta casada viene. Bueno, yo nunca tuve dudas de mi santito querido. Por algo le prendía sus velitas todos los días. ¿Y si pasan de largo y no nos ven? Espero que no se decepcionen cuando vean lo vieja que estoy. ¡Ay Dios, tantos años! Y más años hubieran pasado de no ser porque, siguiendo el consejo del Doctor, fuimos a la Embajada y escribimos a la dirección que nos dieron allá. ¡Con el coraje que me dio cuando supe que esa era la misma a la que yo había escrito hace años y que no me quisieron contestar! Yo no sé si fue que la señora Jennifer no le entregó las cartas a Mark o si fue que él no me quiso escribir; la cosa es que ahora como están los dos bajo tierra, las cartas les llegaron a mis hijos y ellos sí me contestaron. La cosa fue que como no les mandamos la dirección de nosotros, las cartas de ellos no nos llegaron.)

—"Los pasajeros del vuelo 270 de Eastern procedente de Canadá arribarán por la puerta número cuatro".

—¿No serán esos, hija?

—¡Cuántas veces te he dicho lo mismo, mamá! Ellos son el 325, yo te avisaré cuando lleguen.

(¡Jesús, María y José, qué nervios! Me parece mentira, no lo creeré hasta que los vea, si es que los reconozco. Si no hubiera sido por ti, San Miguel... Hay que ver también que o fue una casualidad muy grande del destino o tú metiste la mano, porque necesitar la plata para ir a la capital a la Embajada y ganarme cinco tiempos de cero tres, fue la misma cosa. Y la sorpresa cuando llegamos allá de que mi hijo los había llamado para pedirles que le mandáramos el número de teléfono de nosotros. ¡Qué alegría para mí fue saber que mis dos hijos estaban vivos y tratando de saber de su mamá! Lo malo era que no teníamos teléfono, y tuvimos que ahorrar lo suficiente como para poder instalarlo y pagar algunos meses. Después tuvimos que esperar unas semanas a que el INTEL encontrara una línea libre para darnosla. Apenas la tuvimos le mandamos el número por carta y no había pasado el mes cuando mi hijo Ben nos llamó.)

—¿En qué piensas, mamá?

—En nada, hija. Lo que quiero es que lleguen rápido tus hermanos.

(Carajo, estuve cuarenta años sin verlos, ¿y ahora me cuesta tanto esperar media hora más? ¡Ah, cuando pensaste tú, Zoraida, que tus hijos iban a aparecer a estas alturas! Como me asombró oír esa noche la voz de mi hijo después de tantos años, esa voz que recordaba delgada y chiquita como un pito, ahora gruesa y con acento igualita a la del papá. Esas hijas mías sí que hicieron alboroto con esa llamada, cuando esa noche sonó el teléfono y una voz extraña las estremeció con una simple petición: "*Con la viuda de Aguilar, por favor*". Mis pobres hijas no sabían ni qué hacer. Total que Ben quedó de volver a llamar porque yo no estaba en Chitré. Pero después cuando me buscaron ni se atrevían a decirme por miedo a que me muriera de la impresión. "*Tómese esta chicha, Doña Zory, que 'tá muy buena*". Como si yo no me hubiera dado cuenta de que algo raro se traían, porque no van a irme a buscar

a las nueve de la noche hasta los Hatillos de Pesé para darme una chicha. *"Véngase con nosotros para que hable con su hijo que ahora la va a llamar desde los Estados Unidos"*. No fue sino hasta después que hablé con él que me dijeron que en la chicha iba una Valium bien desmenuza'ita. ¡Y buena que estaba la condenada chicha! También ahora por recomendación del Doctor me dieron otra pastilla, pero me parece que no me ha servido de mucho. ¡Pobrecitos mis hijos, tan mal que la pasaron! Si a mí se me salían las lágrimas cuando, en la segunda llamada, me contaron cómo los trataba Mark. Si con esas borracheras que se pegaba le daba por gritarles y pegarles, y más de una vez en medio de la histeria y la borrachera llamó a la policía para que se los llevara denunciándolos *"por malos hijos"*. Y a ellos, claro, como nadie les creía, más de una vez estuvieron recluidos en reformatorios. María Cristina se libró de él cuando se casó, pero mi pobre hijo no pudo vivir tranquilo sino hasta el día en que murió su papá. Me contaron ellos que murió el día de Navidad quemado junto con su casa por dormirse borracho con un cigarrillo en la mano, una noche que mi hijo Ben estaba en el Reformatorio. Lo único que no se quemó fue una cajita donde me dicen que estaban algunas cartas mías, esas que nunca les llegaron, y una foto de todos nosotros que Mark envió a su madre Jennifer de regalo. Según María Cristina salgo tal y como ella me recuerda. Ben me contó que al día siguiente cuando le dieron permiso de salir del Reformatorio para ir al sepelio de su padre, en su desesperación se fugó y que asustado y chorreando sudor, llegó a la casa de su hermana. Se salvó porque los policías sabían que él no era peligroso y no lo buscaron. Entonces todo cambió. Ben consiguió un trabajo para poder pagarse la escuela y se graduó de policía, y María Cristina tuvo una hermosa hija. ¡Mi segundo nieto!...)

—"Los pasajeros del vuelo 325 de Pan American procedente de Los Angeles, California, arribarán por la puerta número tres".

—¡Mamá, mamá, levántate! ¡Vamos donde Carlos, porque creo que llegó la gente!

—¡Gracias a Dios que por lo menos llegó el avión entero!

—¡Cómo eres, mamá!

—¡Por acá, vengan! Acaban de anunciar que van a bajar por esta puerta.

—Bueno, Carlos, tú que eres el más alto fíjate para ver si los distingues.

—Pero, ¿cómo quieres que los distinga, mujer, si nunca los he visto en mi vida?

—¡Bueno, trata de imaginártelos!

—¡Jesús alaba' o! Espero que no pasen de largo, hija.

—No te preocupes, mamá. ¿Ves algo, Carlos?

—Bueno, ¡aquí hay un gentío muy grande!, pero todo el mundo sigue por el pasillo.

—¿Ves, mi amor? Te dije que debíamos haber hecho un cartelón que dijera "Zoraida Gómez".

—¿Han visto algo, m'ija?

—Te aseguro que de nada nos hubiera servido. ¡Con la cantidad de gente que viene en este avión...!

—¡Ave María Purísima! Se nos van a pasar...

—¡Cabezas! Eso es todo lo que veo, cabezas y más cabezas. Creo que debemos ir a la salida, tal vez ya estén allá.

—¡Ay, San Miguel! ¡Tú nos trajiste hasta aquí, ahora no nos desampares!

—Carlos tiene razón, debemos irnos a la salida.

Pero cuando se alejaban del lugar la señora sintió el peso de una mano sobre su hombro y una voz conocida que tímidamente le habló atrás de sí.

—¿Señora Gómez?

—¿Ben?

—¡Mamá!

—¡Hijo de mi alma!

Un interminable abrazo fundió sus corazones mientras, bajo la humedad de sus lágrimas, sus almas revivían el pasado. Pronto se unió María Cristina y, junto a Guadalupe y Carlos, se abrazaron y rieron celebrando su reencuentro, y por varios días compartieron juntos momentos inolvidables.

Dos años después regresaron nuevamente, esta vez trayendo María Cristina a su hija; y en la tercera visita llevaron a su madre a conocer su segunda patria. Allí conoció por primera vez a los cónyuges de sus hijos, y pudo asistir a la graduación de Ben como detective privado. Al poco tiempo el Doctor de la señora Zoraida notó en sus exámenes una extraordinaria mejoría en su enfermedad cardiovascular como ninguna terapia hubiera podido conseguirla, superando todas las expectativas.

Así fue como una humilde madre esperó cuarenta años para reencontrar a los hijos que perdió, y que vivieron tanto tiempo en una patria extraña, a la sombra de su recuerdo.

1993

Al ponerse el sol

(anécdota)

CARLOS SALE CORRIENDO. EL llano cubierto de hierba parece una alfombra de espigas chocolates extendida a los pies del imponente cerro San Agustín. Al llegar a la falda, asciende con la agilidad del que conoce y rápidamente gana la cima.

Ese es su lugar favorito. Desde allí divisa todas las casas del pueblo, la vetusta torre de la iglesia santeña y todas las demás construcciones que, como figurillas de cerámica de un nacimiento, cubren la tierra seca y plana de la península de Azuero. Y a lo lejos se ve el mar, ese mar azul e infinito que se convierte en cielo más allá del horizonte.

La fresca brisa del verano estremece la hierba en oleadas que revientan sobre su rostro sudoroso, al compás del monorrítmico redoblar de las campanas. La iglesia está llamando a sus hijos a celebrar la última misa del año. Es el 31 de diciembre del año 1991.

Ya se acuesta el moribundo sol bajo el polvoriento horizonte, tiñendo de oro el espacio mientras su ambarina sangre se escurre entre nubes y cerros para ir a estancarse en los ojos de Carlos, que mira embelesado. Recuerda la gloria y el poder del sol que, hace unas horas, lamía ardiente la tierra, pero que ahora, débil y viejo, ni siquiera hiere la vista. Pero aún después de que el dorado disco se sumergiera por completo en el lejano y oscuro horizonte, su luz sigue presente como enredada en esta ingente tierra.

Carlos, tumbado sobre la reseca hierba, recuerda a su abuelo. Recuerda los gratos momentos que pasó con él, sus consejos cariñosos, su inagotable energía y su vitalidad, que junto con su experiencia y carisma, hicieron de él el sol de su pueblo, el sol que alumbraba todos los caminos. También recuerda cuando la familia y los amigos celebraban la noche de Año Nuevo con una fiesta en la casa del abuelo, compartiendo la alegría de verse todos reunidos otra vez.

Pero luego aflora en su mente el recuerdo de otra noche de Año Nuevo, dos años antes, cuando reunidos en la misma casa por última vez con sus amigos, estaba el abuelo tendido dentro de un frío ataúd, rodeado de cirios y velas, viejas y rosarios, llanto y angustia, luto y dolor.

Esa noche no hubo alegrías para nadie, tan solo el punzante dolor de la gran pérdida sufrida.

Sus amigos lo recuerdan radiante y alegre, tan vivo y brillante, más que la llama de la vela que alumbraba al viejo crucifijo. Mas también la hipocresía, como mariposa 'apagavela' revoloteaba sobre el cuerpo inerte del gran hombre, tratando inútilmente de opacar el dulce recuerdo que, como marca en acero, se arraiga en la mente de los que lo conocieron.

Pero esa luz seguirá brillando en el corazón de los que de verdad lo quisieron, y seguirá alumbrando caminos, entrelazada con el recuerdo de su vida dedicada y brillante, que cual sol se perdió bajo el horizonte, bañando con su roja sangre el cielo al atardecer.

El cielo, poco a poco, se va vistiendo de luto mientras la brisa corre y se pierde en la inmensidad de la noche. Las estrellas, juguetonas y radiantes, van apareciendo una tras otra, alegrando con su palpitante luz la soledad de la noche. Ellas no están de luto porque saben que el sol no ha muerto, sino que viaja más allá de lo que nuestros ojos pueden

ver. Allá, al otro lado del horizonte, volverá a nacer, inmenso y ardiente, para no morir jamás.

Carlos baja confiado la ladera. Él no teme a la oscuridad porque lleva la luz por dentro, esa luz que su abuelo le regaló y que otros despreciaron. Él sabe que algún día se reunirá con su abuelo para celebrar juntos el Año Nuevo bajo el eterno sol del más allá.

1992

2^{da} Edición

9 DE SEPTIEMBRE DE 2024



WWW.ZIRIE.ART

CORREO@ZIRIE.ART